

amplitud para el pensamiento, de delicadeza para la sensibilidad, de perfectibilidad para el carácter.»

Cuando esto escribía, Rodó sostenía polémica con algún liberal extremo de su país que trinaba contra que se colocasen crucifijos en las salas de los hospitales.

«No le agrada—dice—esta tolerancia al distinguido portavoz del «Centro liberal», que ve en ella una suerte de claudicación pasiva; y nada manifiesta mejor la índole sectaria y estrecha de su liberalismo.—Dando la «verdad» y el «error» en cierto género de ideas, la significación absolutamente precisa, con que se ilusionan todos los espíritus dogmáticos; que excluye cuanto hay de subjetivo y relativo en las opiniones de los hombres; que prescinde de la eterna plasticidad y el perpetuo «devenir» de las fórmulas de la verdad, reduciendo la complejidad infinita del pensamiento humano a la simplicidad de una lucha teogónica entre un Ormuzd todo clarín y un Ahrimán todo tinieblas, concluye que no hay tolerancia legítima con el «error» encarnado en ideas o instituciones, sino que la «verdad» ha de perseguirlo sin tregua ni misericordia, para que no envenene las conciencias, y que esta implacable hostilidad y represión es «una grande obra de amor humano.»

El portavoz del «Centro liberal» uruguayo veía en la tolerancia preconizada por Rodó una claudicación pasiva. El caudillo portavoz de la concentración liberal y los caudillos de la cruzada conservadora, jacobinos todos, califican en Colombia, de tráfugas y de traidores a los moderados de origen liberal y conservador. Viene esto a comprobar que la cirugía política que considero indispensable para la redención definitiva de mi patria y de otros pueblos de América tropical, puede ejercitarse también, en cuanto a la cuestión religiosa, al sur del Continente.

Nada hay más terrible en América que esas oligarquías poseedoras de la verdad. Como lo dice el filósofo de Montevideo, siempre habrá mil respuestas, absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas, para la eterna pregunta de Pilatos: «¿Qué significa la verdad?» «¿Por

qué inutilizas, monje de la Edad Media, ese precioso manuscrito, para emplear el pergamino en las fórmulas de tus rezos? Porque lo que dice es falso y lo que yo voy a estampar encima es la verdad.—¿Por qué incendias, califa musulmán, los libros de la Biblioteca de Alejandría? Porque si no dicen más que lo que está en mi Ley, que es la verdad, son innecesarios, y si dicen lo que no está en mi Ley, son mentirosos y blasfemos.—¿Por qué rompes, cristiano intolerante de los primeros siglos, esas bellísimas estatuas de Venus, de Apolo y de Minerva? Porque son dioses falsos que disputan su culto al Dios de la verdad.—¿Por qué despedazas, sectario calvinista, las imágenes de ese templo de Orleans? Porque mi interpretación de la Biblia, que es la verdadera, me dice que son ídolos del error.—¿Por qué profanas, gobierno revolucionario, las naves de Nuestra Señora de París? Porque allí tiene su nido la mentira que estorba el paso a mi verdad.—¿Por qué arrojas al fuego, inquisidor español, esos tesoros de literatura oriental de Salamanca? Porque quien los conociere podría tentarse a abandonar la verdad por el error.—¿Por qué incluyes en tu «index», pontífice romano, tantas obras maestras de la filosofía, la exégesis y la literatura? Porque represento la Verdad y tengo el deber de guardar para ella sola el dominio de las conciencias.—En el desenvolvimiento de esta lógica, es bien sabido que las personas mismas, en sus inmunidades más elementales y sagradas, no quedan muy seguras... Todo está en que se entenebrezca el horizonte y se desate la tormenta. Y así, todas las intolerancias que empiezan por afirmar de un modo puramente ideal y doctrinario: «Soy la eterna, exclusiva e inmodificable verdad», pasan luego, si hallan la ocasión propicia, a auxiliarse del «brazo secular» para quemar libros o romper estatuas, cerrar iglesias o clausurar clubs, prohibir colores e interdecir himnos; hasta que el último límite se quebranta, y las personas no son ya más invulnerables que las ideas y las instituciones; y partiendo por rumbos diametralmente opuestos, se unen en el mismo culto de Moloch—como caminantes que, dando la vuelta redonda, se

RENOVACION se puede adquirir desde el 1^{er} número